

COSMOGONIAS ANTIGUAS

Seguramente el hombre primitivo prestó poca atención al misterio del cosmos; su principal ocupación sería el proveer de sustento para él y su prole, entregado a la caza y a la pesca. Al hombre de las cavernas no le debió importar gran cosa la constitución del universo ni quien lo fabricó. Fué el primero en usar del aforismo, *Primum vivere deinde philosophari*, puesto que para entregarse a elucubraciones científico-filosóficas, era necesario gozar de cierta independencia y bienestar.

Las ciencias especulativas no tuvieron su desarrollo hasta en épocas relativamente modernas, entendiéndose por ello las que dejaron huellas de su paso en escritos, ya sea en tablas de barro ya en papiros o pergaminos, que fueron los documentos que han llegado hasta nosotros. La primera impresión que produjo la estabilidad de la tierra fué la de una superficie llana, ilimitada, asentada sobre unos cimientos inamovibles, y con los astros dotados de movimiento; esta impresión es tan natural que se tardó bastante tiempo hasta conocer el movimiento de la tierra. A la ciencia astronómica se deben los admirables adelantos hechos hasta hoy, tanto en la astrofísica como en la cosmogónica, siendo esta última la que plantea los problemas más intrincados.

Como la constitución del universo ha ocupado la mente de los más eximios pensadores, no es de extrañar que los antiguos se preocupasen de resolver tan importante problema, llegándose a una serie de distintos conceptos según fueron las diversas civilizaciones que los formularon.

Cosmogonia Persa, o del Iran

Esta presenta a *Auru-Mazda* o *Ormuz*, revelando a *Zarathrusta* o *Zoroastro* la formación del mundo. Dice así: «¡Oh santo *Zoroastro!* Yo he creado un universo allí donde nada existía. Este mundo era todo vida, pero *Ariman*, el príncipe del mal, introdujo la muerte. Después fundé *Gahon*, un lugar delicioso sembrado de rosas donde revoloteaban pájaros de vistosos plumajes y *Ariman* creó los malos insectos que perjudican a los animales y a las plantas. Fundé *Muru*, la ciudad santa y sublime y *Ariman* introdujo la mentira y los malos propósitos. Fundé *Bachdi*, la encantadora, circundada de fértiles pastos y *Ariman* desató allí las fieras que devoran los pastos y a los hombres. Fundé *Niça*, la ciudad de la oración y *Ariman* llevó allí la duda que corroe la fe. Fundé *Haroju*, la ciudad de los palacios suntuosos y *Ariman* llevó allí la pereza y pronto la ciudad cayó en la miseria. Así pues a cada maravilla que yo llevaba para la felicidad del hombre, *Ariman* llevaba la mala simiente, y por esto la tierra está infectada de malos instintos que diezman la raza humana».

La secta de los Zervanitas es muy parecida a la de los seguidores de *Zoroastro*: En ambas coexiste Dios y el Diablo, el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas y con ello empieza la lucha. *Ormuz* dispone de la elocuencia del verbo sagrado; pronuncia las veintiuna palabras de una oración; dice las siete primeras y *Ariman* transido de miedo se inclina como bajo una mano de hierro; dice otras siete y cae de

rodillas, siete más y el diablo vencido se sumerge en las tinieblas. Entonces *Ormuz* creó el cielo, la tierra, el sol y los demás astros.

El universo tiene la forma de un huevo, la yema es la tierra. *Ariman* hizo un agujero en el huevo y fué cuando el mal se mezcló con el bien.

En las tradiciones persas se halla otra narración de la creación tal vez algo más poetizada fundada en *Mithra*, dios de la luz celestial, que el *Avesta*, libro sagrado de los zuaris, lo sitúa en lugar secundario; pero los antiguos zuaris le rendían la misma veneración que a *Ormuz* o *Aurá Mazdá*.

Cosmogonias Caldea y Asiria

En aquel tiempo que no había ni cielo ni tierra, *Apsú*, el Abismo, sin límites y *Munnu Tiamat*, el Caos del mar, se mezclaron en una masa informe en la que se hallaban inmersos todos los elementos de la naturaleza. Al cabo de millares de años se formaron los cielos y la tierra, *Anshar* y *Kishar*, y después de largo tiempo, la triada suprema de sus hijos, *Annu*, dueño del cielo, *Inilben*, rey de la tierra, *Ea*, soberano de las aguas. Cada uno de estos dioses se procuró una esposa nacida de ellos mismos y así la tierra se pobló de un batallón de dioses que se pusieron del lado de *Annu*.

La diosa *Tiamat*, viendo su imperio invadido por todas partes, empezó la procreación de seres monstruosos, toros y caballos con cabeza humana, pájaros con cabeza de perro, y de todo cuanto parece anormal. *Tiamat* armó a estos monstruos y los lanzó contra los dioses, los cuales, temblando de miedo, buscaron refugio en *Marduk*, hijo de *Ea*, quien les convocó en el palacio de *Anshar* y allí, después de un banquete en el que proclamaron a *Marduk* campeón, salieron para entablar batalla contra *Tiamat*.

Marduk se armó, hizo guardar los cuatro puntos cardinales por los cuatro vientos, crió otros siete que puso a su espalda para dar la carga, y precedido de un rayo, armado de una red y el cuerpo en llamas, montó en su carro y se lanzó como un torrente devastador en medio de los monstruos y abordó a *Tiamat*, provocándole a la batalla. La diosa, bajo la forma de un dragón, se levantó furiosa; y ayudada por las fuerzas ocultas de la magia, se dispuso a tragar a su enemigo, pero el buen campeón supo enredar al dragón con la red y así pudo dislocarle y a lanzadas, *Marduk* atravesó a *Tiamat* y ahuyentó a sus secuaces.

Marduk partió de arriba abajo el cuerpo de *Tiamat*, arrojó al viento la sangre, llevándola a las regiones del norte donde reina la noche; de las dos partes de su cuerpo colgó una en el aire y fué el cielo; el otro lo colocó bajo sus pies y formó la tierra y así quedó constituido el universo.

Marduk fué pues el ordenador del mundo. Él hizo el sol señalándole el curso que debía seguir, instituyó el año dividiéndolo en doce meses, el mes en tres décadas; hizo la luna, como astro de la noche y le ordenó sus fases. Los planetas dirigidos por cuatro dioses Venus, Mercurio, Marte y Saturno. *Marduk* se reservó el planeta Júpiter y se constituyó el pastor del rebaño celestial, repartió las estrellas en grupos en los que los caldeos vieron monstruos fantásticos, con doce de estas figuras, signos del Zodíaco, alineadas alrededor de las murallas del mundo, y siguiendo la ruta del sol, velando el paso del dios entre ellas. Una vez ordenado todo, los dioses terrestres crearon los rebaños, las fieras, los reptiles y *Ea* fabricó el hombre del barro.

Los babilonios tienen una cosmogonía, salvo variantes, igual a la caldea, pero

más simétrica. La tierra superior, habitación del hombre; la zona mediana, habitación de *Ea* dios del agua; la inferior, demora de los 600 *Annunaki*, dioses del infierno; en la parte superior los siete cielos, habitación de los dioses superiores.

El mito caldeo de la creación consta en un poema escrito en caracteres cuneiformes, en siete tablitas de tierra cocida halladas en la biblioteca de Asurbanipal en Nínive. En él los sacerdotes de Babilonia, toman pie del relato para exaltar a *Marduk*, el dios de su ciudad, por encima de toda otra divinidad.

Esta relación, aunque politeísta, presenta varios puntos de contacto con el primer capítulo del Génesis. En efecto, la palabra *Tiamat* y el *Tehom* de los hebreos son de un parecido muy significativo, pues ambas designan el Océano o el mar.

Cosmogonia Egipcia

En las ciudades del delta oriental dan creencia a la cosmogonía siguiente: El dios *Keb* y la diosa *Nuit*, es decir la tierra y el cielo, estaban reunidos, en el *Nú*, o el caos, cuando su padre, el dios *Shu*, salido de las aguas eternas, cogió a *Nuit* levantándola con los brazos. El cuerpo de la diosa se alargó hasta formar el cielo estrellado y sujeto de pies y manos a la tierra formó con las extremidades los cuatro pilares que sostienen el firmamento. *Sibú* probó de luchar, pero solo logró incorporarse, quedando petrificado y en actitud de consternación; en sus costados empezaron a brotar plantas y árboles, y en su dorso nacieron las bestias y los hombres; no obstante el dios quedó inconsolable gimiendo día y noche, enviando sus quejas a su esposa *Nuit*, a la que contempla tan alejada. ¡La Tierra siente la nostalgia del Cielo!

Los egipcios también representan el cielo por una vaca sagrada; sus piernas son los pilares del mundo, está sostenida por *Shú* y ocho dioses secundarios, sobre su vientre pasan las estrellas, las barcas del sol, la luna y los planetas.

Los sacerdotes de Heliópolis recogieron muchas de las tradiciones y leyendas cosmogónicas y elaboraron la cosmogonia del Egipto histórico, que puede resumirse así: *Athum* es el ordenador supremo, y personifica al sol; anterior al origen del mundo. Pasando *Athum* de la inercia a la acción, gritó de repente: Ven a mí; y el lotus misterioso abrió sus pétalos y apareció *Ra*, en el cáliz de la flor.

La creación del universo comprende tres etapas: el desdoblamiento de *Athum-Ra* y la aparición de la luz; el levantamiento del cielo y descubrimiento de la tierra; y el nacimiento del Nilo, o sea, la fertilización y el cultivo de la tierra. Tal es la empresa de las divinidades sucesivas reunidas en una genealogía bien ordenada.



Athum-Ra tiene por descendientes a *Shu* y *Taf-Nuit* que engendran a *Sibú* y *Nuit*, los cuales tienen cuatro hijos: *Isis*, *Osiris*, *Sit* y *Neftis*.

La teogonía egipcia es algo pintoresca por la multiplicidad de dioses locales. En Heliópolis el sol es *Ra*, en Tebas es *Amón*, en Hermópolis es *Tot*, en Memfis es *Phtah*; *Amón Ra* es el gran aliado de los faraones y el

vulgo lo adora como rey de los dioses; sabios y sacerdotes lo veneran como a un solo Dios, lo que induce a creer en la profesión de una religión monoteísta.

Cosmogonía Indú

La India ha sido siempre el país de la imaginación; sus leyendas y tradiciones están impregnadas por su exuberancia, que afecta asimismo a sus cosmogonías.

El *Veda* revelado por el mismo *Brama*, uno de la trinidad bramánica formada por *Brama*, *Siva* y *Vichnú*, contiene las célebres leyes de *Manú*, el cual, preguntado por los principales sabios de la India sobre el problema de la creación, lo explica así: Todo estaba oscuro en *Él*, abrió sus ojos y se dispararon las tinieblas, su pensamiento creó las aguas en las que puso un germen el cual produjo un huevo brillante como el oro; de este huevo renació *Él*, bajo la forma de *Brama*, creador de todas las cosas y de todos los seres.

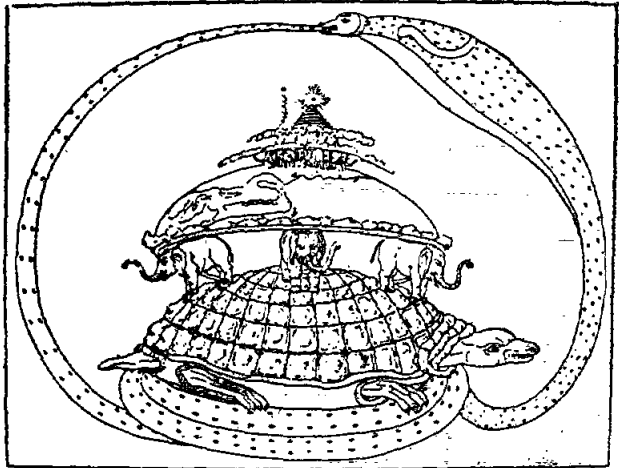
Él, el todo poderoso restó inactivo durante un año: cabe advertir que un solo día de *Brama* equivale a cuatro mil trescientos millones de años terrestres. Después por el solo esfuerzo del pensamiento, dividió el huevo en dos partes de las que formó el cielo y la tierra, la atmósfera, el sitio de las aguas y las regiones del cielo marcadas por los cuatro puntos cardinales. Del ser supremo formó el alma, la personalidad, los sentidos y los cinco elementos: eter, agua, aire, fuego y tierra. Las emanaciones del espíritu supremo obrando sobre las partículas de los elementos y sobre la conciencia del yo, formaron todos los seres.

Él, el supremo ordenador hizo los tres Vedas: el *Rig-Veda*, el *Sadju-Veda* y *Sama-Veda*; dió nombres a todas las creaturas, creó el tiempo y sus divisiones, las estrellas, planetas, ríos, mares y montañas, la devoción, la palabra, el amor y el odio, el placer y el dolor, lo justo y lo injusto y todas las condiciones opuestas dos a dos.

Para propagar la raza humana, hizo salir de su boca al sacerdote, de su brazo al guerrero, de su muslo al trabajador, y de su pie al paria o desheredado destinado a servir a todos.

Esta cosmogonía sufrió muchas modificaciones, infuida tal vez por las cosmogonías caldeas, puesto que según los escritos y las escuelas, tanto las cosmogonías como las teogonías han sufrido grandes cambios.

Una imagen del mundo, según los bramanes, viene representada por la serpiente *Cescha* transformación de *Begabad* (*Vichnú*), que sostiene el mundo en el vacío; sobre *Cescha* está la gran tortuga que sobre su concha sostiene los elefantes que a su vez soportan la tierra; al centro de la costura terrestre se levanta la montaña *Merú* sostenida por otros elefantes; en la parte superior de la montaña hay siete gradas que representan los siete cielos. En los cie-



los de Mercurio y Venus residen los dioses secundarios, en la esfera o cielo del sol reside *Indra*, rey de la lluvia y rey de los dioses secundarios, en la esfera de la luna reside *Siva*, en la de Marte *Vichnú*, en la de Júpiter *Brama*, y en la de Saturno reside el dios supremo llamado también el paraíso del placer. Sobre la montaña *Merú* hay el triángulo, simbólico de la creación. Más moderna es la concepción védica, de una tierra limitada y sostenida por doce columnas, que tendrían un soporte teológico como las virtudes y los sacrificios, de lo que se seguiría que al negligir o quebrantar los sacrificios, sería comprometer la estabilidad del mundo.

También tienen la representación del mundo *Nenúfar*, en que según el *Bagavata-Purata*, *Brama* surgió de una flor de loto de oro. Después de la poesía del Vedismo y la dogmática del Bramanismo, el pensamiento indú ha encontrado en el Budismo una forma de expresión superior.

El indú *Sidarta Guatama*, el solitario de la tribu de los *Cakyas* que mereció el nombre de *Buda*, o sabio, enseñó la caridad, el sacrificio y el renunciamento, instituyó la santidad formulista de los *bramanes*, santidad operante que libera las almas. Su reforma es moral; la práctica de las virtudes debe conducir al *Nirvana*, estado de beatitud perfecta, donde cesan las necesidades, se apagan las pasiones y la personalidad se esfuma y se disuelve en la eternidad.

Cosmogonías de los Fenicios

En la lejanía de tres mil años la potencia marítima de los fenicios estaba en su apogeo; más atrevidos y más instruidos que los navegantes griegos en la ciencia de los astros, fueron sin duda los primeros en observar las estrellas boreales para orientarse en sus viajes.

Sanchoniaton, sacerdote fenicio, recogió los anales del país; su obra traducida por *Philon de Biblos*, ha conservado algo de su cosmogonía antigua y rudimentaria.

Dice, que, en un principio, había un espíritu tenebroso y un caos oscuro infinito en extensión y en duración, este espíritu produjo un viento o remolino que acercó los elementos y los puso en condiciones de formar el *Mot*, especie de pasta de forma de huevo que se volvió luminoso y dió nacimiento al sol, la luna y a las grandes constelaciones, formó también a los animales, primero sin inteligencia y después los inteligentes que ya observaron el cielo.

Siguieron después grandes inundaciones y del viento *Kolpia* y de su esposa, descendieron el primer hombre y la primera mujer.

Cosmogonías de la China y del Japón

En China no existe una cosmogonía verdaderamente tal, ya que tanto *Confucio* como *Lao-Tse* se preocuparon más de enseñar leyes morales que cosmogonías. El primero de los seres *Pan⁵Qu*, tenía la cabeza de dragón, era hijo del cielo y de la tierra, de la que quedó en posesión y la dió a los chinos. Su aliento produjo el viento, su palabra el trueno, su sudor la lluvia, su ojo derecho el sol, el izquierdo la luna, de sus cabellos y barba nacieron las estrellas, de su sangre los ríos, de su carne la tierra, de la médula de sus huesos las piedras preciosas, de sus huesos los metales, y los hombres son los parásitos de su persona.

Los japoneses tienen también una cosmogonía muy confusa. Su libro el *Kojiki*, habla de una pléyade de dioses y de espíritus que a la larga se confunden y forman una categoría única. Tres dioses surgieron espontáneamente del cielo; la tierra se movió como una gota de aceite que dió nacimiento a una caña de la que surgieron otros dioses. El limo de la tierra contenía ya los gérmenes de la tierra japonesa de la que salieron los seres vivos; y el mundo quedó así en estado perfecto.



Un segundo cuadro cosmogónico sacado del libro *Nihongi* y un poco más explícito que el *Kajiki*, dice que antes que la tierra y el cielo fuesen separados, el *Todo* formaba un cuerpo con un huevo y un germen dentro del huevo. La parte más pura formó el cielo, la más oscura y pesada formó la tierra en la que nació una caña bambú de la que salió un dios en forma humana. *Izanami* e *Izanogui* crearon una isla, poco a poco formaron un archipiélago, más tarde un pueblo de los dioses de la naturaleza; la espuma de las aguas era fecunda y dió nacimiento a los peces y crustáceos.

De la nariz de *Izanagui* salió el dios del mal *Szanno*; su hermano *Amateras* al ver las tropelías que este cometía cerró la puerta de la mansión celestial y el cielo se cubrió de tinieblas y la tierra se oscureció. Con este relato tal vez quieren explicar los eclipses. Estas cosmogonías son una mezcla desconcertante de teogonías y astrología.

En una antigua estampa japonesa aparece el dios creador sentado sobre cojines encima de un árbol que sale del caparazón de una tortuga; del tronco del árbol el dios saca la materia para formar todos los objetos. Una serpiente arrollada al árbol está sostenida por dos monstruos en su izquierda y por dos héroes o reyes a su derecha, ambos aliados en la obra del mal, la tortuga flota en un mar del que sale el sol con radiante corona y armado de flechas.

Cosmogonías Griega y Romana

Según Orfeo, en un principio solo existía el caos y las nubes. El caos se condensó y tomó la forma de un huevo gigantesco; este huevo se dividió en dos partes que formaron el cielo y la tierra; de su centro salió el ser divino; el dios de los órficos, un dios de mil formas, creador de la luz, *Phanes* y primero de los dioses, *Protogonos*.



Hesiodo, poeta griego, dice que primero fué el caos, después *Gea*, la tierra; en su interior hay el *Tártaro*. Del caos nacieron *Erebos* y *Nix* que engendraron *Ether*

y *Hèmera*. *Gea* dió vida a *Urano* o sea el cielo estrellado, luego a las montañas, habitación de las Ninfas, y después a la mar furiosa, el *Pontos*.

De la unión de *Gea* y *Urano*, nacieron el *Oceano* y once dioses y diosas, entre las cuales se cuentan *Hipertón*, *Japet*, *Rhea*, *Thea*, *Kronos* o Saturno, y a tres hijos invencibles de una raza superior, provistos de cincuenta cabezas y cien brazos.

El poeta latino Ovidio, razona que antes de todo era el caos, una masa informe en la que estaban contenidas todas las cosas, las húmedas y las secas, las frías y las calientes, las blandas y las duras en revuelta confusión de las que surgió un dios que puso orden imponiendo la paz. El fuego, como más sutil, se fué al cielo, el aire, más ligero que la tierra, se colocó después del fuego, la tierra dura quedó debajo, el agua se extendió por todas partes abrazando la parte sólida.

Para poblar la tierra *Prometeo* cogió barro y modeló al hombre; la humedad y el calor produjeron los gérmenes de todos los seres.

Cosmogonia Hebraica

El primer capítulo del Génesis contiene el relato de la creación con una sencillez admirable; Moisés, conocedor de la idiosincracia del pueblo hebreo, lo resumió en seis días, y terminada la relación prosigue:

«Tal fué el origen del cielo y de la tierra cuando fueron criados en aquel día en que el Señor Dios hizo el cielo y la tierra, y todas las plantas del campo antes que naciesen en la tierra y toda la hierba de la tierra antes que de ella brotase, por que el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra ni había hombre que la cultivase. Salía empero una fuente que iba regando toda la superficie de la tierra, formó pues el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra e inspiróle en el rostro un soplo de vida y quedó hecho el hombre viviente, con alma racional.

Había plantado el Señor Dios, desde el principio, un jardín delicioso en que colocó al hombre que había formado y el Señor Dios había hecho nacer de la tierra toda suerte de árboles hermosos a la vista y de frutos suaves al paladar y también el árbol de la vida en medio del paraíso y el árbol de la ciencia del bien y del mal. De este lugar de delicias salía un río para regar el paraíso que desde allí se dividió en cuatro brazos, uno se llama Fisón y es el que circula por todo el país de Hevilat, en donde se halla el oro y el oro de aquella tierra es finísimo, allí se encuentra el bedelío y la piedra cornerina. El nombre del segundo río es Gehon, este es el que rodea toda la tierra de Etiopía. El tercer río tiene por nombre Tigris, este va corriendo hacia los Asirios. Y el cuarto río es el Eufrates.

Tomó pues el Señor Dios al hombre y púsole en el paraíso de delicias para que le cultivase y guardase. Dióle también este precepto diciendo: Come del fruto de to-





dos los árboles del paraíso, más del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comías, porque en cualquier día que comieres de él infaliblemente morirás.

De esto se desprende una cierta analogía con ciertos pasajes de otras cosmogonías. Pero qué diferencia en su teogonía; mientras en todas ellas predomina la idea politeísta, con gran caterva de dioses, en la relación mosaíca se descubre una seriedad y un orden en el desarrollo de las diferentes fases de la evolución que los geólogos y astrónomos modernos se admiran de que Moisés hubiera tenido tan vastos conocimientos de las diferentes etapas por las que ha pasado la formación de la tierra; y es tanto más de admirar si se piensa que Moisés fué educado en Egipto y hubiera podido dar a los hebreos una cosmogonía complicada como la egipcia, lo que invita a meditar sobre la inspiración.

Los tan cacareados seis días mosaicos tienen su explicación si se considera que la palabra hebrea *iom* significa, además de día, época, espacio de tiempo indefinido y cabe tener en cuenta que Moisés se dirigía a un pueblo rústico y analfabeto que no podía comprender las elucubraciones científicas.

La aparición del sol y de la luna en el cuarto día, fué en otro tiempo objeto de controversia, pero hoy que se conocen con más exactitud las fases que experimentan en su evolución los planetas, ya no se extraña esta, al parecer anomalía.

Las aguas superiores de que nos habla Moisés, son características de la formación de los vapores de agua en estado de vapor nuboso dada la gran temperatura que tendría la corteza terrestre, podríamos compararlo con el planeta Venus en el que en el estado actual de su atmósfera no permite ver los detalles de su superficie; geológicamente hablando, este planeta estaría en su tercer día de la creación, para los venusianos aún tendría de fabricarse el sol, la luna y las estrellas.

¿Quién habría intuido a Moisés este orden cronológico?

JOSÉ PRATDESABA